



El Mezquital (2)

Clara y violenta denuncia social

Por Emilio García Riera

Paul Leduc dividió su extraordinario largometraje documental **Etnocidio-Notas sobre el Mezquital** (o, más brevemente, **El Mezquital**) en partes cuyos títulos van señalando la progresión del abecedario: **A: antecedentes, B: burguesía, etcétera, hasta llegar a Z: Zimapián.** Es curioso cómo un procedimiento narrativo que podría parecer en principio tan arbitrario y aun, si se quiere, malamente ingenioso, dada la naturaleza de la empresa, sirve a un rigor pocas veces visto en el género al que la cinta pertenece: el documental, por lo común, trafica en exceso con lo aleatorio.

Y es que Leduc logra hacer corresponder esa progresión a simple vista aleatoria con otra que impone una presencia verdadera —diríase que apabullante— de la población cuya tragedia se registra. Por sí sola, la división en capítulos es convencional; no lo es, en cambio, el que cada uno de los capítulos —podrían ser más, o menos— se aplique metódicamente a revelarnos algo de la vida de los otomíes, ese grupo indígena compuesto por unas 600.000 personas que han sido víctimas de la explotación, el despojo y el etnocidio. Quiero decir que si Leduc hubiera querido incluir en su cinta un capítulo ajeno al orden alfabético del que partió, y que se llamara de cualquier manera, uno tiene la clara impresión de que también le hubiera servido para dar pruebas de un sentimiento de concernencia al que la película debe, en el fondo, su rigor.

La banda sonora de la cinta no ofrece otras palabras que no sean las dichas por los entrevistados. Así, por ejemplo, un burgués tiene la oportunidad de explicar las razones de su "éxito en la vida": según él, triunfaron en su interior los "genes positivos" sobre los "genes negativos" que tiene todo individuo, lo que quiere decir que a los otomíes les ha ocurrido, uno por uno, todo lo contrario. Y así, también, un cura norteamericano representante de empresas transnacionales "benefactoras" de la región y poseedor de un auto último modelo, puede decirles a sus feligreses otomíes que lo que les pasa es que no conocen el mensaje de Cristo, o algo por el estilo.

Pero los testimonios que pesan, naturalmente, son los de los campesinos otomíes que cuentan a cámara, en el mal castellano que se les ha impuesto —un idioma que sigue sin ser el suyo—, la historia de las vejaciones sufridas y de las luchas por ellos mantenidas, o los de los obreros también otomíes que ya pueden emplear un lenguaje politizado. Es el mismo pueblo al que vemos trabajar las áridas tierras que le han dejado, o

mente objetivas del cine documental, y aun respetando escrupulosamente las reglas de esa supuesta objetividad, quedan destruidas las distancias cómodas ante lo "exótico", ante lo que "les pasa a otros".

Pero, a la vez, y en contra de lo que se ha dado en creer, **El Mezquital** demuestra que el cine de clara y violenta denuncia social y política puede ser también cine de autor. Es más: que no sólo puede, sino que aun debe serlo, porque la película no tendría la eficiencia que la hace excepcional de no haber hecho sentir Leduc en ella su propia indignación, su dolor, su rebeldía y, más al fondo, su sensibilidad de la muerte, pues no en balde la cinta se refiere desde el título a un **etnocidio**. Ya en **Reed México Insurgente**, como se recordará, la muerte de un maestro de escuela revolucionario, vista desde muy lejos, revelaba cuánto obliga la concernencia al pudor, y cuánto expresa el pudor una auténtica sensibilidad. Así, **El Mezquital** es una película terrible, dolorosísima, que no contiene una sola imagen tremendista: registrar la tragedia del pueblo otomí, significaba respetar su dignidad con la sensibilidad de que sólo es capaz un verdadero autor de cine.

Uno de los capítulos de la película, el correspondiente a la **H (Historia)** resulta muy inspirado. Sin una sola palabra de apoyo (sólo se oye música de fondo), el montaje combina imágenes de los atlantes de Tula, de arte religioso colonial, de maquinaria norteamericana de importación, de un museo en el que unas maquetas quieren dar una visión idílica ("exótica", precisamente) de la vida del otomí, de una funeraria con ataúdes nuevos y de los polvorientos paquetes de papeles del archivo del estado que cuida un anciano indígena. Al final, el rostro impresionante de una madre otomí que carga a su niño subraya dolorosamente cuánto tiene que ver la situación a que ha sido reducido un pueblo con un pasado de explotación, de manipulación, de abandono y, en definitiva, de muerte. Eso era lo que se trataba de demostrar: a pocos kilómetros de nosotros, un pueblo lucha desesperadamente desde hace siglos por sobrevivir a la agonía en que lo han mantenido sus explotadores.



Paul Leduc

exponer la vida en las alturas de unas construcciones, o "divertirse" en un cabaretucho (la secuencia es espeluznante), o enterrar a sus muertos, o formar un conjunto de **rock** (el capítulo se llama, con buena ironía, **'Kultura'**), o ser acarreado para las concentraciones políticas oficiales, o emigrar a nuestra ciudad llena de smog y de basura, o en fin, cumplir el destino del bracero y participar de las luchas de los chicanos.

El resultado es que Leduc ha conseguido hacernos entender la vida del otomí y decirnos claramente que esa vida nos concierne. Con las armas aparente-

Etnocidio-Notas sobre el Mezquital, película documental mexicano-canadiense de Paul Leduc, sobre un argumento suyo y de Roger Bartra. Fotografía: Georges Dufaux y Angel Goded; operadores de cámara: Fernando Robles y Leoncio Villarias Zugazagoitia. Edición: Rafael Castañedo y Paul Leduc. (Cine-Difusión SEP y Office Nationale du Film, 1976).